

Acúsale con envidia,
Y con motivo dañado
Para que les dé la cuenta
Mientras tuvo el consulado.
Sabido por Escipion,
Que le fué notificado,
Fuese derecho al Pretorio
Adonde estaba citado.
Dijoles:—Padres conscriptos,
¿Para qué me habeis llamado?—
Responden los senadores:
—¿Escipion, mal lo has mirado!
Porque con tu madre Roma
Fidelidad no has guardado;
Que si en Africa venciste
A Anibal el afamado,
Muy bien te lo paga Roma
Con los triunfos que te ha dado,
Y con otras libertades
De que gozas y has gozado.—
Escipion desque lo oyera
Su ropa se ha desnudado,
Y mostrárale su cuerpo
Llagado y amancillado;
Donde con muy alta voz
D'este modo les ha hablado.
—Yo juro por los mis dioses,
Y á Júpiter consagrado,
Que lo que yo á Roma debo
Y en ella hube usurpado
Son solas estas heridas
Que allá en Africa me han dado;
Que lo que tengo y poseo,
Juro por lo que he jurado,
Es solo lo que mis padres
En herencia me han dejado.—
Mucho quedaron confusos
Los que habian acusado:
Vieron tan alto varon
En todo justificado,
Y no contento con esto
Esto mas ha proposado.
—¿Oh patria desconocida!
Oh pueblo tan mal mirado!
Mis huesos, no estén en tí,
Ni mi cuerpo sepultado.—

(Cancionero, Flor de enamorados.)

545.

CATON EL CENSOR.
(Anónimo.)

En el tribunal que al mundo
Dió leyes y puso espanto,
Con un ramo de higuera
Entra Caton indignado,
Verdes hojas, fruto verde,
Altos en la diestra mano,
Que al embarcarse cortó
En el muelle de Cartago,
Donde Roma le envió
Por su fiel comisario,
Para ciertas diferencias
Con el sugeto africano,
De donde vino cuidadoso
Viendo el copioso aparato,
Que en Cartago se hacia
De guerra, tan sin recato,
Y de que ciudad sujeta
Toque cajas y eche bandos,
Y junte copia de gentes
Con estandarte arbolado,
Sin pedir licencia á Roma
Con tan libre desacato
Fortificando murallas
Y máquinas aprestando.
—¿Oh padres conscriptos! dice

Con voz alta y rostro airado,
¿Cuántos dias será bien
Que ha ya que corté este ramo
En ciudad que no os respeta
Ni alcanzáis en ella mando?
Ved que tan léjos teneis,
Romanos, vuestros contrarios,
Que hoy hace solos tres dias,
Que partí de á dó le traigo,
Cuyo fruto sin sazón
De aquesto testigo hago,
Y estas verdes anchas hojas
Ausentes del tronco caro,
Que si hablaran dijieran
Lo que de vergüenza callo.
¿De aquesta suerte va Roma
Sus límites dilatando,
Que pueda ver en tres dias
Vuestro muro el libio ufano!
¿Júpiter vive, y el cielo,
Que es gran falta de cuidado,
Y aun de valor; que otro nombre
Que poderle dar no hallo!
Despertad, conscriptos padres,
Del sueño profundo y largo
En que las paces os tienen,
Que el ocio es mal sin reparo.
Vuelva la sangre á las venas,
Y el vigor vuelva á los brazos,
Dejando los blandos lechos
Origen de tantos daños.
Tomad sangrienta venganza,
Ved los dos rostros á Jano,
Y sacuda el duro azote
Belona sobre Cartago.
Sus soberbios edificios
Igualen al suelo llano,
No quede reliquias de ellos,
Que os importa, padres sacros.
¿Advertid bien que un descuido
Tiene difícil reparo!
Aqueste es mi parecer,
Y no el ménos necesario.—
Calló con esto, y movida
Mucha parte del Senado,
Su proposicion consultan
Tras votar discorde y vario.
Hacen cónsul á Escipion,
Que con marcial aparato,
Cubriendo la mar de leños
Da velas al viento, ufano.

(Romancero general.)

546.

ASDRÚBAL VENCIDO POR ESCIPION SE MATA, Á EJEMPLO
DE SU ESPOSA.⁴

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Habiendo puesto por tierra
La inexpugnable muralla
De Cartago, Escipion,
Con duro incendio asolada,
Y sus fuertes edificios
Vuelto en cenizas livianas,
Bajando á la humilde tierra
Las vistosas torres altas,
Asdrúbal se recogió,
Perdidas las esperanzas,
Con su mujer y sus hijos,
Y la gente que quedaba
Al templo, do se hizo fuerte;
Mas visto que le apretaba
Por todas partes Escipion,
Y que era defensa vana,
El fuerte desamparó,
Y por una puerta falsa
Al campo vino del Cónsul,
A cuyos piés se postraba

547.

DESTRUCCION DE CARTAGO POR ESCIPION EL SEGUNDO
AFRICANO.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Gran tristeza tiene Roma
De ver á Cartago altiva,
Con tan grande señorío,
Que el suyo mismo les priva
Y de envidia los romanos
Muy gran pesar recibian,
Viéndola ser tan señora,
Que tanto prevalecia;
De forma que los sus fechos
Casi los obscurecia,
Por lo cual muy indignados
Procuran de destruilla.
Envían allá á Escipion,
Muy valiente á maravilla;
Dánle luego el consulado,
Aunque grave se le hacia
De tomar tan grande empresa,
Porque él muy bien sabia
Que Cartago era muy fuerte
Y léjos de dó partia;
Mas por serle así mandado
Aceptó lo que pedian.
Aderezó grande armada
Por tierra y mar muy lucida;
Lleva gente cobdiciosa
De ganar honra crecida;
Todos parten animosos,
Deseando ver el dia
Para mostrar sus esfuerzos
Y aventurar bien sus vidas.
Pues, con este presupuesto
A Cartago llega á vistas,
Los cuales muy descuidados
Estaban de su venida,
Porque bien les sucediera
De otra lid harto reñida.
Apercibiéronse todos
Con muy cruel enemiga:
Hiérense muy crudamente
Por seis noches y seis dias,
Matando siempre y hiriendo,
Sin nadie ser de vencida.
Mas al fin los de Cartago
Son vencidos aquel dia,
Por no les venir socorro,
Y porque muerto se habian
Los mejores y esforzados
De toda su compañía.
Retráense á la ciudad,
Pensando haber pleitería;
Mas Escipion esforzado
Les daba muy grande prisa.
Cartago en aqueste aprieto
Sus mensajeros envía,
Suplicándole á Escipion
Los reciba en cualquier guisa
Bajo de su proteccion
Con seguro de las vidas,
A los cuales respondiera
Que aquesto solo haria:
Que salgan de la ciudad
Todos juntos en cuadrilla,
Así como les mandara
Otra vez por esta via.
Viendo los cartagineses
Respuesta tan dolorida,
Otorgáronlo á Escipion,
Cuidando que escaparían.
Salen luego las mujeres
Llorando á lágrima viva,
Veinte y cinco mil por cuent
De mas honrada valia,
Mal vestidas y mal trechas,

Pidiendo misericordia,
Y rindiéndole las armas
A vista de su mujer,
Que estaba en una ventana
Con dos pequeños hijuelos,
Que su congoja aumentaban
Y á la de toda su gente,
Que el fuerte templo encerraba,
Herida y falta de sueño
Y de hambre desfigurada;
La cual por él sembró fuego
Queriendo morir quemada
Antes que dar la obediencia
Que su capitán ya daba
Al victorioso Escipion,
Ignominiosa y pesada.
Pues viéndose la mujer
De Asdrúbal desamparada,
Y de su contraria suerte
Por tantas partes cercada,
Adornando su persona
Con extraordinarias galas,
Toma un agudo cuchillo,
Y por las tiernas gargantas
De los dos queridos hijos
Con presta mano les pasa,
Mirándolo su marido,
A quien dice con voz alta:
—¿Pusilánime, traidor,
Que del contrario te amparas,
Poniéndole por juez
De tu miserable causa!
¿Qué puede dar al rendido
El vencedor, sino infamia?
¿Oh cómo sin daño suyo
Le celebrará la fama!
Tú solo le diste al Cónsul
El triunfo que no esperaba,
Y para mas infamarte
Se le llevaste á su casa,
Entregándole tus triunfos
Con entregarle tu espada
Para entrar contigo en Roma
Con argolla á tu garganta.
¿Por cierto buen capitán
Elegió tu triste patria,
Cuya ocasion venturosa
Otros con sangre compraran,
Y por venturosa muerte
La que rebusas tomaran!
Pero pues de tí olvidado
A tu antiguo tronco agravia,
No lo quedarán tus hijos,
Pues su inocencia los salva:
Serás padre de hijos muertos,
Mas no de cautiva infancia.—
Tras esto y un gran suspiro
En una hoguera se lanza
Abrazada de sus hijos,
A quien consumió las llamas.
Asdrúbal el caso viendo,
También del morir se ampara,
De que Escipion condolido
Tiernas lágrimas derrama,
Considerando también
Aquella ciudad infausta:
Hecho lugar de fortuna
Su tragedia recitaba.

(Romancero general.—II. LOBO LASO DE LA VEGA,
Romancero y tragedias de.)

⁴ El Asdrúbal de que aquí se trata, no pertenecía á la familia
los BARCAS.

Rasguñadas y heridas;
De los varones honrados
Mas de treinta mil salian,
Todos llagados, enfermos,
Con lástima que decian
En verse así desterrar
De su patria tan querida:
Y de los dos Asdrubales,
El uno muerto yacia.
Los propios cartagineses
Le habían quitado la vida,
Porque fuera en el consejo
Con los romanos un día;
Mas el otro de su grado
En su poder se ponía.
Otros varones romanos,
Que en la ciudad dentro había,
En el templo de Esculapio
Todos juntos se retiraban,
Pensando allí guarecer
De la muerte tan temida.
Escipion lo mandó cercar
De fuego, con muy gran prisa;
Ardía por todas partes,
La llama al cielo subía:
Ellos viéndose acuitados
Dentro del fuego caían
Por no venir á las manos
De quien tanto mal querían;
Y la mujer de Asdrubál
Reina de muy alta guisa,
Con sus dos hijos pequeños
En una torre subía;
Mas los romanos con furia
También la torre encendían,
Y ella viéndose aquejada
Estas palabras decía:
—Yo soy reina de Cartago
Por mi cuita y mi desdicha:
Así como la primera
Feneció, fenecería.—
En diciendo estas palabras
Dentro del fuego caía
Con sus dos hijos queridos,
Que en sus brazos los tenía.
Los romanos con pesar
Corren allá muy aína,
Pensando de guarecella;
Mas fué en vano su venida.
Escipion, acabado aquesto,
Con la rabia y enemiga,
Que quemaban los de Cartago
Mandara dando gran prisa.
Ponen fuego á todas partes,
No quedara cosa viva;
Diez y siete días ardió,
Que gran espanto ponía!
Así feneció Cartago,
Antigua ciudad y rica.

(SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.)

548.

SITIO É INCENDIO DE NUMANCIA.

(De Gabriel Laso de la Vega.)

Con nuevo ejército pone
En nuevo estrecho á Numancia
El indignado Escipion,
Corrido de que cercada
Catorce años estuviese
Quedando con cerviz alta,
Y de ver el campo inculto
Producir reliquias varias
De huesos blancos curados,
De las legiones romanas,
Cuyos golpes el valor

Del numantino mostraba.
Por una parte se indigna,
Por otra el rigor templaba:
Una vez dice arremetan,
Otra que se tengan-manda.
Turbado no se resuelve
Ni se determina en nada;
La compasion le compele
A apresurar la venganza;
Mas el temor del contrario
El paso á su intento ataja,
Viendo las veces que ha sido
Su gente desbaratada
Por la poca, aunque atrevida,
Que esconde aquella muralla
Inexpugnable por ella,
Mas que lo fué la troyana,
Pues cuatro mil españoles
Que la ciudad ocupaban,
A cuarenta mil romanos
Por momentos retiraban,
En campo abierto con ellos
Vinieron á duras batallas,
De quien con diestras violentas
Triunfaron en veces varias,
Siempre á su ciudad volviendo
Con vitoriosas espaldas,
Mas temidas del contrario
Que seguidas sus pisadas;
Que por vitoria tenían
El volverles las espaldas,
Y el cansarse de herir
En ellos los de Numancia,
De cuyos odiosos nombres
Como del fuego temblaban,
Las puertas de su ciudad
Teniendo abiertas y francas.
A su eleccion retirando
Del romano las estancias,
Y cual no cercada gente
Salen al campo, y se espacian;
¡Cosa dura de creer,
Que á la potencia romana,
Que era señora del mundo,
Se resistiese en España
Esta pequeña ciudad
Con fuerza tan limitada!
Al fin Escipion tanto hizo,
Que con una honda cava
La cercó por todas partes
Para excusar que á batalla
No saliesen con sus gentes,
Cuya ruina aguardaban.
Al fin la apretó con hambre,
Y su gente fatigada
Pidió al Cónsul muchas veces
La descomunal batalla,
La cual siempre rehusó;
Y hallándose apretada
La gente de la ciudad,
Atravesando la cava,
Aunque con dificultad,
Con Escipion vino á batalla;
Cuyo campo en breve espacio
Con audacia desharata,
Y muertos muchos romanos
A su ciudad vuelta daban,
Sin poder mover las diestras
De hambre inhabilitadas.
Ann entónces no huyendo,
De que el contrario se espanta,
Queman en la gran ciudad
Su hacienda, y sus hijos matan
Y todos unos con otros
Toman contra sí las armas,
No quedando cosa viva
Ni reservada á las llamas,
Porque no trinnfase Roma
De su ciudad desdichada,

Y no quedase vencida,
Aunque del contrario entrada.
(Romancero general. — It. LOBO LASO DE LA VEGA,
Romancero y tragedias de.)

549.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

Ya de Escipion las banderas
Llegan á ver las murallas
De aquella cabeza antigua
De la invencible Numancia,
Cuando á todas sus legiones,
Bien compuestas y ordenadas,
Aquel valeroso Alcides
De aquesta suerte les habla:
—Hoy las águilas de Roma
Hasta los cielos levantan
Sus plumas, porque vosotros
Habeis de servirles de alas:
Hoy para inmortal memoria
De vuestras nobles hazañas
Habeis de triunfar, dejando
Que publicar á la fama:
Mostrad, milites famosos,
Lo que hoy pueden vuestras armas;
Que si á Numancia venceis
Podrán alzaros estatuas.—
No pudo pasar de aquí,
Porque de una y otra banda
Comenzaron á dar voces
Apellidando su patria.
«Alarma, alarma.
» Los unos viva Roma, otros Numancia;
» Y viendo á Escipion tan bravo y fuerte
» Todos por no entregarse se dan muerte.»
Los numantinos, que miran
Del contrario la pujanza,
Acuerdan antes morir
(que no de entregar su patria.
Y como para el sustento
Mantenimientos les faltan
De conformidad de todos
Niños y mujeres matan.
Cuál en brazos de su esposa
Ofrece á la muerte parias,
Y cuál á sus propios hijos
Con violenta mano trata.
Un horrible fuego encienden
En medio de la gran plaza,
Do queman todos sus bienes,
Cada cual con mano franca.
Unánimes todos dicen
Que no se entregue la patria;
Que mueran, pues que muriendo
Hacen inmortal su fama.
Y así solamente se oye,
Entre las voces turbadas
De la una parte y la otra,
Razones mal concertadas:
«Alarma, alarma.
» Los unos viva Roma, otros Numancia;
» Y viendo á Escipion tan bravo y fuerte,
» Todos por no entregarse se dan muerte.»
(Romancero general.)

EPOCA ROMANA DESDE LA DESTRUCCION DE
NUMANCIA HASTA EL FIN DE LAS GUERRAS
CIVILES.

550.

MARIO, VENCEDOR DE LOS CIMBROS.

(De Juan de la Cueva.)

Por Italia entran los cimbrós
Haciendo soberbio estrago,

Porque les era de Roma,
Entrar en ella vedado.
Sale Silano con gente
A defendelles el paso;
Los cimbrós toman las armas
Las romanas despreciando,
Y en una trabada lid
Desbaratan los romanos
Con gran pérdida de gente,
Que Silano llevó á cargo.
Luego en viendo aquesta rota,
Envían á Marco Manlio;
También Quinto Escipion
Igualmente fué nombrado
Con Manlio, en el mismo oficio,
Para deshacer el campo
De los enemigos cimbrós,
Que á Roma venían marchando.
Dióse entre ellos la batalla,
Y fueron desbaratados
Los romanos, y los cimbrós
Con la vitoria quedaron.
Viendo Roma tal afrenta,
Y esperando mayor daño
Si no se ponía remedio
En reprimir al contrario,
Eligen y hacen cónsul
Al valiente Cayo Mario,
Para que salga á impedilles
Que su intento llegue al cabo,
Y con muerte dé de todos
Venganza á sus ciudadanos.
Aceta Mario el oficio;
Tocan cajas, echan bandos,
Que la gente se aperciba
Dentro de un pequeño plazo
Para hacer la jornada,
Y deshacer sus agravios.
Estando en aqueste punto
Las cosas, sucedió un caso
Al Cónsul, que dinamente
Es digno de celebrarlo,
Aunque es de algunos tenido
No por digno de alaballo.
Y fué, que estando una noche
Cayo Mario reposando,
Ocupada la memoria
En lo que tenía á su cargo,
Soñó que si la vitoria
Quería, y el triunfo y lauro
De los cimbrós, que á su hija
Sacrificase á los hados.
Recordó con este sueño
Pavoroso y alterado,
Y vió todo el aposento
Lleno de un resplandor claro,
Que ofuscándole la vista,
Quedó ciego por un rato.
Mas deshecho el resplandor,
Persuadido qu'era mando
Del cielo, llamó á su hija,
Y dijole así, llorando:
— Los dioses mandan y ordenan,
Por la salud del romano
Pueblo, que haga sacrificio
De tí, con mi propia mano.
Esto, aunque es crueldad, es fuerza,
Pues al bien comun va tanto,
Después de ser mando expreso
Del que rige el cielo santo,
Y si yo lo traspasase,
Yendo cual vó en este paso,
Sucedería á los nuestros
Lo que á Manlio y á Silano,
Que vencidos por los cimbrós,
Vino á Roma tanto daño,
El cual se ha de redimir
Con tu vida, y con mi brazo,
Y aplacar la ira á los dioses,

Si están contra Roma airados.—
 No pudo pasar delante
 Con su razon Cayo Mario,
 Que se la cortó el dolor,
 Aunque no le movió el ánimo;
 Que firme en su ciego intento,
 Levantó la espada en alto,
 Y con impiedad terrible
 Hirió el cuello delicado
 De la tierna y bella virgen,
 Que siendo todo cortado,
 Dijo:— ¡Oh dioses celestiales,
 A quien la sangre consagro
 D'esta hija que engendré,
 No le negueis vuestro amparo
 A la juventud romana,
 Que a los cimbros va buscando!—
 A este punto oyó la caja,
 Que por orden suya y mando
 Marchaba en orden la gente,
 Al contrario procurando;
 Que con toda la presteza,
 Qu'era conveniente al caso,
 Al decendir de los Alpes
 En la ribera del Pado,
 El Cónsul situó su gente,
 Y aguardó la del contrario,
 El cual lleno de arrogancia,
 Por los sucesos pasados,
 No temió á la fortuna
 Que se muda y muda estados.
 Teutómado, su caudillo,
 La batalla ha presentado,
 Y así venia delante,
 Su gente cimbría ordenando.
 Los romanos se aperciben,
 Y siguiendo un orden dado,
 En dando señal la trompa,
 Arremeten denodados
 A los bárbaros soberbios,
 Que no ménos esforzados
 Se mostraron, resistiendo
 El impetu á los romanos,
 Que siguiendo su virtud
 Hacían mortal estrago
 En los cimbros temerosos,
 Ya del primer valor faltos;
 Que con flaqueza cobarde,
 Cortados de un frio desmayo
 Desamparaban los puestos,
 Las armas de sí arrojando,
 Con vergonzosa huida,
 Procuraban verse en salvo.
 Los romanos en su orden
 Fuertemente peleando,
 Conociendo su desórden
 Al fin los desbarataron.
 Las mujeres, cuando vieron
 Que desamparado el campo
 Los cimbros habian huido
 Rendidos y destrozados,
 Todas ardiendo en furor,
 Reputando por agravio
 Huir así sus maridos,
 Las armas d'ellos tomando
 Peleaban fuertemente
 Resistiendo sus contrarios,
 Dando á sus maridos muerte
 Con crueldad, porque dejando
 El campo, con tal infamia
 Huían de los romanos.
 Despues de haber hecho en ellos
 Ellas mismas crudo estrago,
 Siéndoles la libertad
 Negada por Cayo Mario,
 Tomaron todos sus hijos
 Y al punto los degollaron,
 Y las unas á las otras
 Todas las mas se mataron:

Y las que escaparon d'esto,
 Aunque del hierro escaparon,
 Atándose los cabellos
 Fuertemente con sus manos,
 De ellos se ahorcaron todas,
 De los árboles y carros.
 Prosiguiendo su vitoria
 Va el romano, y arruinando
 Cuanto por delante via,
 Sin contraste ni reparo;
 Mas tocando á recoger,
 Cansados de matar tantos,
 Tienen en el campo muertos,
 De este victorioso asalto,
 Ciento y cincuenta mil cimbros;
 Y cativos por esclavos,
 Sesenta mil, que en el triunfo
 Metió en Roma Cayo Mario,
 Arrastrando las cadenas
 Delante del triunfal carro.
 El dia d'este suceso,
 Sucedió en Roma un milagro:
 Que se vieron dos mancebos
 En el aire, coronados
 De laurel, dentro en el templo
 De Castor y Polux sacros,
 Que le dieron una carta
 Ellos al pretor romano,
 Por do se supo aquel dia
 La victoria en el Senado.

(CUEVA, Coro Febeo, etc.)

551.

MARIO, PROSCRIPTO, CONTEMPLA LAS RUINAS DE CARTAGO.

(Anónimo.)

Dos ejemplos de fortuna
 De bien y mal los mas altos,
 Mudos de su gran caída
 Sin lengua se están hablando.
 La gran Cartago es el uno,
 Y otro Mario desterrado,
 Seis veces romano cónsul
 Y gran capitán romano.
 Mirando está las ruinas
 De aquel imperio africano,
 Y de fortunas tan ricas
 En tierra los desengaños,
 Y la patria que engendró
 Tantos ánimos gallardos,
 Como agora engendra espinas
 Y la pueblan leones pardos.
 Revolviendo estas memorias
 La suya se ha despertado,
 Y tras largo suspirar,
 Dijo, mirando á Cartago.
 — Cartago, que un tiempo al cielo
 Te subió el alegre hado,
 Iguales hemos quedado;
 Tú postrada por el suelo,
 Yo en tu suelo desterrado.
 Y aun nunca se satisface,
 Siempre el hado te importuna;
 Que contino seas, le place,
 Teatro de la fortuna,
 Donde sus tragedias hace.
 Murió en tí Dido, primero;
 Aníbal fué en tí vencido;
 Tú moriste á hierro fiero,
 Y agora en tu farsa he sido,
 Yo, Mario, el acto postrero.
 ¡Cuán en balde y con despecho,
 Cartago, este bien tenemos;
 Que fuimos tan de provecho,
 Que á fortuna rica hacemos
 Aunque ella nos ha deshecho!
 Que la que nos dió tal pago,
 Que es la fortuna envidiosa,

No hiciera tal estrago,
 Ni fuera tan poderosa,
 A no haber Mario y Cartago...
 ¡Mas ¡ay! que en manera alguna,
 Cartago, este bien tuviste,
 Que si te acabó fortuna,
 Tierra en que morir tuviste,
 Mas yo no tengo ninguna!

(Romancero general.)

552.

POMPEYO PRESO POR EL REY GENCIO.

(De Juan de la Cueva.)

Atalo, el gran rey de Asia,
 Estando en edad postrera,
 Y careciendo de hijos
 A quien dejar su hacienda,
 Y que de Asia la menor
 El cetro suyo posean,
 Señaló en su testamento
 A Roma por su heredera.
 Siendo el Senado romano
 D'esto avisado por letra,
 Despues de tener acuerdo,
 La herencia de Asia aceta,
 Y señalando á Pompeyo
 Fué con toda diligencia
 Enviado á que tomase
 La posesion de la tierra,
 Y á echar algunos tiranos
 Que la traían revuelta,
 Que por la muerte del Rey
 Se nombraban reyes d'ella.
 Puesto Pompeyo en camino
 Con el cuidado, y la priesa
 Que la ocasion demandaba,
 Y el cargo, que á cargo lleva,
 Sin dar entrada al reposo,
 Ni á cosa que lo detenga,
 Cumpliendo el mando romano
 A los iliricos llega,
 Donde reinaba el rey Gencio,
 Al cual, dándole la nueva
 Cómo estaba allí Pompeyo,
 Por saber la causa cierta
 A qué fuese su venida,
 Mandó qu'en prision lo metan;
 Y cumpliendo el real mandato,
 Al magno Pompeyo allegan.
 Notificanle el acuerdo
 Del Rey, y á los del Rey ruega,
 Que pues manda el Rey prendello,
 Le lleven á su presencia,
 Donde siendo conocido
 Le traten de otra manera.
 El vario y discorde vulgo,
 Que siempre se desacuerda,
 A lo que pide Pompeyo
 Hubo opiniones diversas;
 Y al fin siéndoles mandado,
 Adonde está el Rey le llevan;
 El cual, en viendo al romano,
 Lo recibe con gran fiesta,
 Y junto á su solio real
 Al magno Pompeyo asienta,
 Diciéndole:— Tu venida,
 Fuerte romano, se entienda;
 Porque está toda mi gente
 Por causa d'ella inquieta:
 Y dime por amistad,
 Si es de paz, ó si es de guerra,
 Y si te envia el Senado,
 Qué embajada ó cargo llevas,
 Ó á qué parte es tu viaje,
 Porque tu intencion se entienda.
 Y esto tienes de decirme

Por voluntad ó por fuerza,
 Que bien lo puedo hacer
 Pues que te tengo en mi tierra.—
 A las razones del Rey,
 Pompeyo dió tal respuesta.
 — ¡No sabes que á los romanos
 Ninguna fuerza los fuerza,
 Ni muerte les pone miedo,
 Ni castigo los sujeta?—
 Esto diciendo, y llegando
 La mano á una ardiente vela,
 Puso el un dedo en la lumbre
 Dejándolo estar en ella
 Hasta que se quemó todo,
 Sin hacer muestra ni seña
 De dolor ni sentimiento,
 Ni mudar rostro ni ceja,
 Dándole á entender al Rey,
 Que sufriria sin pena
 La furia de su castigo,
 Aunque en un fuego lo meta,
 Antes que manifestalle
 Su secreto, y qu'él lo entienda.
 Admiróse el Rey del caso,
 Y viendo tan clara muestra
 Del esfuerzo y sufrimiento
 De Pompeyo, considera
 Que no podrá saber nada,
 Del que así sus carnes quema:
 Y así, corre presuroso,
 Y apartando la candela,
 Le asió el Rey mismo del brazo,
 Diciendo d'esta manera:
 — Ya yo sé, fuerte romano,
 Que ningun apremio apremia
 Al fuerte valor romano,
 Cual veo en esta y otras pruebas:
 Y conozco cuánto premio
 Viene al reino mio en que tenga
 Vuestra amistad, la cual pido
 A tí, si puedes hacella:
 Y pudiendo, á mí y á Roma
 En paces nos confedera,
 Que yo firmaré los pactos
 Que tú pidieres por ella.—
 Pompeyo acetó las paces
 Entre Gencio y entre él hechas,
 Por Roma, y sin detenerse
 Fué prosiguiendo su empresa,
 Y entrando en la menor Asia
 Las inquietudes aquieta.
 Desterrando los tiranos,
 Que opresa tenían la tierra;
 Poniendo al romano yugo
 Todo su poder y fuerzas,
 Volvió á la romana patria
 A dar de lo hecho cuenta.

(CUEVA, Coro Febeo, etc.)

553.

CÉSAR REPUDIÁ Á SU ESPOSA, SOSPECHADA DE ADULTERIO.

(De Juan de la Cueva.)

Alborotada está Roma
 Y revuelto el consulado,
 Oyendo una informacion
 Que un tribuno ha presentado
 Acusando á Publio Clodio,
 Contra el cual así ha hablado:
 — Oídme, padres conscriptos,
 Y de vos sea ayudado,
 Juntamente con el pueblo
 Qu'está á oírme convocado;
 Pues me mueve el bien comun
 Sea oído, y sea amparado;
 Porque de un horrible insulto
 Clodio sea castigado.

No me incita ó mueve invidia,
 No rancor ni odio inhumano,
 Ni es propio interese mio,
 Ni desear ser vengado;
 Que mal se toma venganza
 De quien no nos hace agravio.
 Solo el culto y reverencia
 De los dioses, me ha forzado,
 Qu'el nefario Publio Clodio
 Con menosprecio ha violado:
 Y fué, qu'en el sacrificio,
 Qu'es de noche celebrado
 A honor de la bona Dea,
 De mujeres solo usado,
 Prohibido á los varones
 De cualquier suerte y estado,
 Que ninguno en él se halle,
 Por divina ley mandado;
 Este, contra este precepto
 Generalmente guardado,
 Vestido como mujer
 En la fiesta fué hallado
 En casa de Julio César,
 Qu'es el Pontifice hogano,
 Envuelto con las matronas;
 Cuyo delito notado
 Ha ofendido hombres y dioses,
 Y el sacrificio sagrado;
 Por lo cual pido que sea
 Cual es justo castigado,
 Porque no se atreva otro
 A semejante pecado,
 Y los dioses ofendidos
 Nos castiguen de su mano. —
 El Tribuno habiendo dicho,
 A su lugar se ha tornado.
 Comenzó el pueblo á alterarse,
 Y á conmovirse el Senado;
 Mézclanse unas voces y otras
 Con rumor mal pronunciado;
 Los unos piden que muera,
 Otros dicen que sea salvo;
 Otros, no ofende á la diosa,
 Si no hay mas que ser hallado;
 Otros: ¿quién culpa á este reo?
 ¿De qué parte es acusado?
 ¿Qué razon tiene el Tribuno?
 ¿Si es en esto interesado?
 ¿Que no habiendo quien demande
 No debe ser condenado.
 Otros dicen: que es su oficio,
 Y qu'es bien lo demandado.
 En esto estaban revueltos
 El pueblo en el consulado;
 Mas viendo los senadores
 Tal discordia en este caso,
 Mandan sosegar las voces,
 Y habiendo considerado
 La gravedad del delito,
 Salio d'ellos acordado
 Que citen á Julio César,
 Que venga luego al juzgado,
 Porque no sea sin parte
 Lo que fuere decretado.
 Esto proveido, al punto
 Fué á César notificado,
 Que sin detenerse en cosa,
 Ante ellos se ha presentado,
 Diciéndoles: — Sumos padres,
 De vosotros soy citado
 Que parezca en esta audiencia
 Sin mas término ni plazo:
 Aquí estoy, ved que quereis,
 O para qué soy llamado. —
 En pié se pone el Tribuno,
 De quien es Clodio acusado,
 Y le dice: — Julio César,
 Yo de parte del Senado,
 Y de los supernos dioses

En cuyo nombre te mando
 Que acuses á Publio Clodio
 Del crimen, que ya te es claro
 Que cometió contra ti,
 Pues fué en tu casa hallado. —
 César, oyendo al Tribuno,
 Conmovido y alterado
 Le responde: — ¿Tú qué dices?
 ¿En qué razon te has fundado?
 Que de todo cuanto has dicho,
 Si tu dicho es bien notado,
 Ni te entiendes, ni te entiendo,
 Ni sabes lo que has hablado;
 Porque César de ninguno
 No puede ser injuriado,
 Y así pido que sea absuelto
 Ese que hacen culpado;
 Que no pudiendo ofenderme,
 No hay por qué hacelle cargo. —
 Contra César el Tribuno
 Responde: — ¿Por qué has negado
 La ofensa qu'este te ha hecho,
 Pues por ella has repudiado
 A Pompeya, tu mujer,
 De quien ya estás descasado? —
 César, aunque ardiendo en ira,
 Con sosiego ha replicado:
 — Mucho deseo saber
 Quién de mí te ha dado cargo,
 O por qué razon te mueve,
 Tribuno, mi causa tanto,
 Que aun lo que pasa en mi casa
 Quieres qu'en Roma sea claro,
 Y sin por qué, que se diga,
 Que á César se hizo agravio.
 Mas pues la razon me pides,
 Por qué á Pompeya he dejado;
 Yo la dejé, no ofendido
 D'ella, aunque disfamado;
 Porque la mujer de César,
 No solo en aqueste caso
 Ha de ser libre del hecho,
 Y sin culpa del pecado,
 Mas de cualquiera sospecha
 No ha de haber en ella rastro.
 Esta es la causa, Tribuno,
 D'eso que te da cuidado,
 Que no te es agradecido,
 Y te ha de ser mal pagado. —
 En diciendo esto, dió vuelta
 Con despecho denodado;
 Sin hacer acatamiento
 Se salió, y dejó al Senado.
 Los senadores y el pueblo
 Nueva discordia han trabado;
 Nuevas voces, nuevos gritos
 Absolviendo y condenando.
 Unos piden que sea libre
 Clodio, y otros castigado,
 Con tan varios pareceres
 Confundidos y alterados;
 Y así, para que se viesse
 Cuál era razon, votaron:
 Que quede para otro acuerdo
 Remitido y señalado.

(CUEVA, Coro Febeo, etc.)

554.

CÉSAR Y AMICLAS.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

De lo mas alto del cielo
 Bajaba la luna blanca
 Con cuernos votos turbados
 Que revolucion señala,
 Del pastorcillo dormido
 Deseosa y no olvidada,
 Por quien muriendo otras veces

Dejó su morada sacra,
 Cuando Julio César sale
 Por medio sus haces bravas,
 Cuyos fatigados miembros
 Un general sueño baña.
 Todos duermen; Julio vela,
 Propio oficio del que manda,
 Que la gente de Brundusio,
 A quien esperaba, tarda.
 Culpa la amiga fortuna,
 Que así la guerra dilata;
 Mas los piés sobre su bola,
 Solo del campo se alarga;
 Que á quien la fortuna ayuda
 Ninguna cosa contrasta.
 Llega al mar, donde halló
 Junto á un peñasco una barca,
 Y cerca de ella una choza
 De estéril junco formada,
 Con unos frágiles leños
 Que sufren la leve carga.
 Morada quieta y segura
 Mas que del César la casa,
 A la cual llamó tres veces,
 Cuyos golpes la amenazan,
 Que cada vez que la toca
 Tiembla y piensa sobre él caiga.
 Sale el soñoliento Amiclas,
 Que así el barquero se llama:
 Pide el César que le pase
 A la hespérica campaña;
 El cual tirando los miembros,
 Y bostezando le habla:
 — Es atrever temerario;
 Que mil turbadas señales
 Denuncian futuros males,
 Y el viento nos es contrario.
 No nos fíemos del mar,
 Pues hoy no mostró arrebol
 A su tramontar el sol,
 Que podemos peligrar.
 Mira de la nueva luna
 La bella faz cenicienta:
 Señal que no me contenta,
 Y amenaza con fortuna.
 Oye las selvas frondosas,
 De los vientos meneadas,
 Y las costas azotadas
 De las ondas espumosas. —
 Julio, sin embargo d'esto,
 De piés en la barca salta,
 La gastada amarra corta,
 Y un quebrado remo apaña;
 Bota la barca de tierra,
 Comienza á correr el agua,
 Y Amiclas como forzado
 La guía, aunque no de gana.
 Viéndole el César así,
 Le dice: — Adelante pasa,
 Pues la fortuna de César
 En tu barca te acompaña. —
 Hácense á largo, mas presto
 El viento y la mar airada
 Tornan la barquilla á tierra
 Sin árbol, rota y cascada.
 Vuélvese á su campo Julio,
 Llamando á fortuna varia,
 Corrido en ver se le atreva
 Quien nunca le fué contraria.

(Romancero general. — IT. LOBO LASO DE LA VEGA,
 Romancero y tragedias de.)

555.

AL MISMO ASUNTO.

(De Juan de la Cueva.)

Solo y en humilde traje,
 Cuando la segunda vela

Su cuarto estaba haciendo,
 Y en quietud dormia quieta
 La gente del campo amigo,
 Sale de su tienda César
 Para pasar en Italia
 Do la gente está que espera,
 No confiando de nadie
 Hacer esta diligencia,
 Porque ya el campo contrario
 A do está el suyo se acerca:
 Y así, dejando sus ropas,
 Con otras viles las trueca,
 Porque no le conociese
 Nadie, y su ida se entienda.
 Así va César su via,
 Y al fértil rio Anio llega,
 Que los tiburtinos campos
 Con rica corriente riega,
 Donde una pequeña barca
 Vió estar, y junto á ella
 Una humilde y pobre casa,
 Del que la barca gobierna,
 Que era Amiclas, el cual libre
 De los cuidados que lleva
 Julio César, reposaba
 Contento con su pobreza,
 En una cama de ovas,
 Las redes por cabecera,
 Sin codiciar mas de aquello;
 Porque seguro navega
 Aquel qu'en su humilde estado
 Con su suerte se contenta,
 Sin que la ardiente codicia
 Le inquiete ni le conmueva.
 Llegó el monarca del mundo,
 Y tocó la pobre puerta
 De Amiclas, qu'está durmiendo
 En paz, sin cuidar de guerra,
 Que como vivia seguro
 Tenia su alma quieta.
 Pregunta de allá, quién llama,
 Con voz espaciosa y queda,
 Sin mover, aunque oye golpes,
 De su lugar la cabeza.
 Vuelve César á tocar
 La puerta, y la casa tiembla,
 Y no por ser de carrizos
 Y juncos de la ribera
 Tembló, que si fuera un monte
 El mismo efecto hiciera.
 No por eso el pobre Amiclas
 Se apresura, ni se altera,
 Ni se da priesa á vestir;
 Antes lleno de pereza,
 Refregándose los ojos
 Y bostezando á gran priesa,
 Quitó á la puerta la tranca,
 Y abre á César, el cual entra
 En la miserable casa
 De Amiclas, el qu'en la alteza
 De Roma tenia su asiento,
 Y al mando suyo la tierra.
 Entra, y el barquero luego
 Revive la brasa muerta:
 Aplícale el seco esparto
 Y en torno d'él pone leña:
 Sopla, y sale espeso humo,
 Hínchese la chica pieza,
 Y al conquistador del mundo
 Que está allí, lo ahuma y ciega.
 Habiendo encendido lumbre,
 Muy de su espacio se asienta
 Junto á ella, y le pregunta
 El barquero á Julio César:
 — ¿Qué es lo que buscas, amigo,
 Por aquí? ¿Qué ardor te lleva
 A esta hora, la cual pide
 Mas el sueño, que la vela,
 Pues los trabajos del dia

Con él reparan y cesan?
A la pregunta de Amíclas,
César le da tal respuesta:
— La calidad del negocio
Es la que me lleva y fuerza,
Y es tal, que el blando reposo
A mi espíritu le niega,
Después de ser yo mandado
De César, cuya bandera
Sigo, y me envía á que pase
A Italia con toda prisa.
A esto vengo, y esto quiero
Que hagas con diligencia,
Y me pases en tu barco
Sin que punto me detengas;
Por lo cual te doy mi fe,
Que tan bien pagado seas
Que satisfaga al trabajo
La debida recompensa.
— No sé cómo pueda ser
Eso, amigo, que desees,
Dice Amíclas, porque el tiempo
Poder hacello nos veda:
Ya ves qu'es el solsticio,
Cuando con furia Boreas
Conmueve el undoso mar,
Que á las nubes hace guerra;
Y así, no es caso seguro,
Por el riesgo que se espera,
Entrar en él, y en un barco
Tan chico, sin mas defensa.
— César tornó á replicalle
Qu'era importante, y le ruega
Que lo haga, y solo un punto
La ida no se difiera.
Fué tan eficaz el ruego,
Qu'el barquero se lo aceta:
Métense ambos en el barco,
Que en testimonio que lleva
A César, tembló, y las tablas
Crugieron, y el rio resuena
Con un ronco movimiento
Dentro en su honda caverna.
El marinero al momento
Ata sogas, y adereza
Los remos que han de llevarlos;
Los escalones aprieta,
Larga el cabo, el barco bota,
La proa á su vía endereza,
Y asiendo de los dos remos
Sobre su banco se asienta.
Comenzó á romper las aguas,
Y el rio Anjo atraviesa;
Mas llegando á las entradas
Donde el rio en el mar entra,
Halló el mar tan alterado,
Que la entrada en él les veda
Dando las furiosas ondas
Un golpe y otro con fuerza
En el barco, que jugando
Lo trae por encima d'ellas,
Impeliéndolo á una banda
Y á otra, lo arroja y lleva,
Ya levantándole al cielo,
Ya al bajo centro lo allega,
Que ni el remo hace efecto,
Ni el remador aprovecha,
Zabordando á cada paso,
Forzándole á que se vuelva.
Amíclas, viendo el peligro,
Y que á mas andar se anegan,
Sin ser de ningún provecho
Cuanto trabaja y forceja
Luchando con el mar fiero,
Que mas su furor arrecia,
Comenzó á volver la proa
Para dar al puerto vuelta;
Lo cual como fué sentido
De César, su asiento deja,

Y el brazo asiendo de Amíclas
Así le dice: — No temas,
Amíclas, pasa adelante,
Pasa, rompe esa tormenta,
No temas, que la fortuna
Contigo llevas de César. —
Quedó admirado el barquero
De la voz, y el miedo esluenza:
Pone la proa contra el viento
Y con nuevo aliento empieza
A romper el mar, y en balde
Se pone en tal resistencia,
Porque crecía con furia,
Qu'el barco cubre y anega,
Y al fin, no pudiendo mas,
César, su camino deja.
Vuélvese al seguro puerto,
Cual Amíclas le aconseja
De los dioses impelido,
Y así es justo que se crea,
Pues ellos solos podían
A César hacer tal fuerza,
Porque tal temeridad
No es digna del que gobierna.

(CUEVA, Coro Febeo, etc.)

⁴ Es un romance de los mas tolerables que hizo JUAN DE LA CUEVA, y aunque lleno de las exageraciones é hinchazon propia entónces de muchos poetas andaluces se puede leer sin desden ni fastidio.

556.

CÉSAR PASA EL RUBICON.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Al dorado Rubicon
El invierno fuerzas daba,
La luna nueva aumentando
Y húmidos Euros las aguas,
Cuando pasados los Alpes
Pone los piés en la Italia
El temido Julio César
Con orgullosa arrogancia,
Que del valiente Pompeo
Lleva mal el ver le iguala,
Y quiere ver de los dos
Quién viste mejor las armas.
Hace á la fortuna juez,
Sin temer sus vueltas varias;
Que despues que le llevaron
Con atroz golpe las parcas,
Entre el gran Pompeyo y él,
Con Julia las prendas caras,
Se desabrieron los dos;
Que no sufre igual quien manda:
Cuyas duras competencias,
Guerras civiles señalan.
Quiere pasar con su gente
Julio, y sus banderas altas,
A los términos vedados
De la Italia sesegada,
Y que ya calle el derecho,
Y solo hablen las armas,
Y como rayo fogoso
Dejar rastro por do pasa;
Mas llegando al Rubicon
Vió la imágen de su patria,
Que delante se le ofrece,
De estatura agigantada,
Y aunque con la oscura noche
Se muestra á Julio bien clara,
Los largos cabellos blancos
Y esparcidos por la cara,
Remesados, mal compuestos,
Los ojos cual vivas brasas,
Que de las futuras guerras
Cruel presagio le amenaza,
Y con voz vuelta en sollozo,

A Julio llorosa habla.
— ¿Dónde vas á mi despecho?
¿Por qué contra mí te armas,
Queriendo libren las armas
Lo que solo es del derecho?
¿Dónde mis banderas pasas
Con sus águilas pendientes?
¿Por qué con armadas gentes
Mis justas leyes traspasas?
Vuelve, Julio, vuelve atras:
Aunque vayas con razon,
Será bastante ocasion
Para deberte yo mas.
Que no merece castigo
La patria que te crió,
Ni es bien se diga salió
De su vientre el enemigo. —
Detuvo con esto Julio
El paso echado en el agua,
Y con un frio temblor
Se le eriza el pelo, y alza.
Pero revolviendo en sí,
Dice: — La suerte es ya echada,
Júpiter y el cielo sabén
Que sigo justa demanda,
Y que su César me llamo
En suerte buena ó contraria. —
Pasa adelante furioso,
Y su gente toda pasa
Del vedado Rubicon
Turbando las quietas aguas,
Hasta que dió en Arimino,
El primer lugar de Italia.
(Romancero general. — EL LOBO LASO DE LA VEGA,
Romancero y tragedias de.)

557.

AL MISMO ASUNTO.

(De Juan de la Cueva.)

Volviendo César á Roma,
Junto al rio Rubicon
Llegaba, cuando al Senado
Se presentó Curion
Pidiendo en nombre de César
Le diesen prorogacion
Del oficio que tenia,
Sin quitarle la legion;
Al cual le fué respondido,
Sabida su pretension,
Que á César volviesen luego,
Diciendo en resolution
Que el Senado le mandaba,
Oída su peticion,
Que de las huestes le diese
A Pompeyo posesion,
Y que haciendo al contrario
Sería su destruccion.
Oído el precepto fiero,
Entendida la intencion,
El color mudó del rostro
Con notable alteracion:
De ciega ira instigado
Responde así á Curion:
— ¡Oh grau Senado romano!
¿Romúlea congregacion!
Yo vengo en nombre de César,
Y por el dó esta razon:
Que vuestro mando obedece,
Mas con una condicion:
Que tambien Pompeyo haga
Esa mesma dejacion,
Y que no haciéndola él,
No la hará el Dictador. —
El Senado dió respuesta,
Que no habia apelacion;
Que deje César las huestes

Sin replicar mas razon.
De nuevo furor movido
El cesaréo Curion,
Dijo, sacando la espada,
Con gran determinacion:
— Esta, aunque el mundo lo estorbe,
Hará la prorogacion. —
Con esto dejó al Senado,
Y á César se encaminó,
Que estaba indeterminable,
Si pasaria el Rubicon,
Detenido en su ribera,
Metido en gran confusion,
Combatido de cuidados
Su invencible corazon.
Preguntado de los suyos
De su duda la ocasion,
Respondió: — En pasando el rio
Todo ha de ser por quistion;
Solo las armas en esto
Serán la averiguacion. —
No hubo dado esta respuesta,
Cuando el aire resonó;
Estremeció todo el campo,
Causó grande admiracion,
Y en el aire una figura
De un gran hombre pareció;
El cual bajando á la tierra,
Causando á todos horror,
A un trompeta de la hueste
Una trompeta quitó,
Y pasando el ancho rio,
Haciendo el mavorcio son,
Conmovió el ánimo á César
La nunca vista vision.
Entónces dijo en voz alta
En medio de su escuadron:
— Sus, echada es nuestra suerte:
Al hecho, que ya es sazón;
Ya son menester las armas;
No hay acuerdo de concion;
Sigamos tras los milagros
De la celestial union,
Que nos manda que pasemos,
Que es conveniente ocasion. —
En diciendo esto, el primero
Se arrojó en el Rubicon,
Y pasó de la otra parte
Detras del présago son:
Tras d'él sus fuertes romanos
Con gran determinacion,
Cumpliendo lo que al Senado
Le prometió Curion:
Que con la espada haría
Hacer la prorogacion.

(CUEVA, Coro Febeo, etc.)

558.

SUENA POMPEYO SU DERROTA FUTURA.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Ya las mayores estrellas
Su escasa luz escondian,
Y el matutino lucero
Huye del vecino día,
Cuando engolfado Pompeyo
Deja á Italia y se retira,
Que el rigor de Julio César
A ello le necesita.
Va á juntar diversas gentes
De las provincias amigas,
Para dar principio triste
A las débiles fatigas;
Y aunque para guerra sale,
Lleva su casa y familia.
Tiende por el mar los ojos
Y á la amada Hesperia mira,